

PRAXIS Y REFLEXIÓN DEL MÉDICO ANTIGUO

ABSTRACT:

The Corpus Hippocraticum constitutes the first medical text sample, wholly preserved, written in Greek language. Founded in reflection and born in a time, V B.C., in which the philosophical thought predominated and the pre-Socratic philosophers paid attention to the questions about nature and man, this medicine, as represented in the texts of the *Corpus*, soon arrived at a very high level in its daily task and theoretical expositions. It was furnished with theories and doctrines that explained, in a natural way, many of the pathologies that had been attributed to the magic, the superstition or the divinity. To those pioneering doctors of V B.C. succeeded many other doctors who incorporated important advances and discoveries in many fields. The most important of those was Galen in s. II A.D., second great landmark in that old medicine.

“En Ciencia las observaciones más simples y los métodos de razonamiento que las hacen posibles son los únicos que no tienen edad porque pueden ser considerados en abstracto, ajenos a todo contexto y a todo autor sin perder su valor.”

I. INTRODUCCIÓN

1. *La Medicina como Ciencia*

Las posturas de los historiadores de la medicina y de los filólogos respecto a la medicina griega hipocrática, la primera conocida en nuestro mundo occidental, se podrían, simplificando mucho, resumir en dos. Una es la de aquellos que piensan que el *Corpus Hippocraticum* refleja una mentalidad precientífica que no lleva unívoca y progresivamente a la medicina científica. Piensan éstos que la llegada de una auténtica ciencia de la biología y la medicina exigió una ruptura cualitativa con aquella primera medicina griega, y que más bien lo que consiguió el considerar la medicina hipocrática como científica, a lo largo de los siglos, fue entorpecer y retrasar el advenimiento de la verdadera ciencia médica. La otra postura la mantienen aquellos que tienen la íntima convicción de que entre la medicina hipocrática y la moderna —la que dio el salto en el s. XIX— hay una continuidad de espíritu, de método y de ideal científico. Estos últimos, si bien no mantienen a ultranza que las doctrinas hipocráticas puedan ser vistas como ciencia, sí defienden la validez y, por tanto, su consideración

como científico, del método de observación que inauguraron los médicos griegos¹.

Pero el debate sobre si la medicina griega puede entrar en el dominio de lo que llamamos ciencia no es nuevo. Desde el momento en que el saber médico quedó constituido en una *téchne* o arte particular, allá por el siglo V a.C., sus mismos protagonistas reflexionaron sobre sus orígenes, sobre el progreso histórico y sobre el estado de la medicina como oficio y como disciplina científica. El acudir a los orígenes fue desde siempre un medio para reforzar la autoridad de una comunidad profesional y de una tradición cultural o técnica. Los médicos del *Corpus Hippocraticum* no fueron ajenos a esa misma tentación.

Para situar a esos médicos en su contexto bastará referirnos al *Banquete* platónico en el que el médico Erixímaco, que interviene en el diálogo como representante de la ciencia y se presenta como un médico con un alto concepto de su profesión, mantiene que la medicina es una *téchne* lo mismo que otras Artes²; lo que no hace más que reflejar el debate y la polémica que existía en el s. V a.C. sobre las nacientes *téchnai*. El valor científico y la posibilidad de obtener eficacia de las artes era, en esta época, ampliamente discutido. Entre algunos de los filósofos presocráticos ya se había negado que la experiencia y los sentidos pudieran ser fuente de conocimiento. Y además había quien aseguraba que no existía el Arte porque todo era fruto del azar. Los profesionales reaccionaban tratando de establecer reglas y poniendo de relieve la realidad de sus logros que, decían, se debían a un verdadero conocimiento. La importancia del verdadero conocimiento, el εἰδέναι τὸ σαφές viene resaltada por un autor hipocrático que llamando ἱστορίη a la investigación que hace el médico sobre el hombre, se alinea con la que, en el siglo de Pericles, realiza Tucídides sobre los hechos que narra³. Unos cuantos tratados del *Corpus Hippo-*

¹ Una panorámica muy oportuna en torno, no sólo al tema que nos ocupa, sino al más amplio de la Historia de la Medicina y de la ciencia en general la ofrece Claude Débru en el prólogo que escribe al libro de J.C. Dupont *Histoire de la neurotransmission*, París, Pres.Univ. de France, 1999, pp.1-5. Su visión es la de un historiador de la ciencia, la de un humanista. Cf., por otro lado, para la medicina griega antigua, Ch. Singer (1922); Ch. Lichtenthaler (1948); M. Grmek (1983); G.E.R.Lloyd (1983), (1991) y (2004); J. Loggiring (1993).

² Cf. *Pl.Smp.*186a-c

³ Cf. *VM* cap.20. Ver también Pugliese-Carratelli (1976) 461-473 donde se analiza la correlación entre los criterios metodológicos de Tucídides respecto a su propia *Historia* y la doctrina

craticum, precisamente de esa época, comienzan sus prólogos, indefectiblemente, con una mención en la que se resalta y defiende su pertenencia a una *téchne*: y es que todos ellos están convencidos de que su saber merece la pena, porque forma parte del patrimonio de algo que es un Arte, e.e., una ciencia. Dice *Sobre la medicina antigua (VM)*1: “se equivocan quienes quieren hablar o escribir de medicina reduciendo la causa de la enfermedad a uno o dos postulados previos ... Y son mas reprobables porque se equivocan en un Arte que existe, un Arte del que todos se sirven en momentos cruciales y por el que sus practicantes y profesionales expertos son enormemente estimados”. Por su parte un tratado muy técnico, nada retórico, *Régimen de las enfermedades agudas (Acut.)* en su capítulo 2 (4) dice: “a mí, en cambio, me gusta prestar atención a la totalidad del Arte médico y lo que hay que hacer con rapidez no dejarlo para luego, lo que es bueno y está aceptado, hacerlo con precisión y exactitud, y lo que haya que tratar sin causar dolor hacerlo de forma que cause el menor daño, haciéndolo todo con miras de superación, tratando de aventajar a otros colegas”. Un tercer ejemplo está en el tratado *Sobre las fracturas (Fract.)* cap.1: “pero yo me veo en la necesidad de escribir más sobre este tema porque sé de médicos sabios que se han ganado fama por las posiciones que al vendar han dado al brazo, posiciones por las que hubieran debido ser tachados de ignorantes; pero es que muchos aspectos de este Arte se juzgan por cosas como ésa”. Así que esa misma defensa es la que llevó a uno de esos médicos a expresar el valor que para él tenía la *téchne* cuando sentencia en el primer aforismo hipocrático: “La vida es corta, el Arte extenso, la ocasión fugaz, la experiencia insegura, el juicio difícil”.

Pero, de todos ellos, el tratado que, por decirlo así, supone un primer hito en la historia del pensamiento médico occidental es *Sobre la medicina antigua* para cuyo autor la ciencia médica habría sido descubierta cuando el hombre descubrió la dieta, a partir de una serie de pasos y tentativas. En el paso de una dieta para hombres diferente de

hipocrática de la investigación médica. De los textos hipocráticos, aquel que expone mejor el curso de la investigación, *ιστορίη*, que el médico debe cumplir como necesaria premisa de una correcta *διάγνωσις* y de una eficaz *θεραπεία* es el tratado llamado *Pronóstico*, especialmente en su cap.1. Pero la doctrina viene ya delineada en *VM* cap.2, dedicado a la *ἀνάμνησις*.

la de los animales sitúa el autor el comienzo de la medicina porque había hombres que sufrían por la fuerza de esos alimentos. En un paso siguiente estaría la diferenciación de una dieta para personas más débiles que no podrían tolerar ciertos alimentos que a los hombres sanos sentaban bien. Del trigo y otros cereales crudos se fue pasando a molerlos, mezclarlos con agua, cocerlos, etc. Así se encontró el pan⁴. Luego, *a posteriori* dichos tanteos iniciales han sido juzgados, como “titubeos” o “tanteos experimentales”, sin que ni mucho menos quiera eso decir que esta primera medicina conociera un método experimental. Más adelante, un escrito médico, el conocido como Anónimo Londinense, escrito por alguien de la escuela de Aristóteles, da un repaso a la medicina de la época clásica y a sus doctrinas. Encuentra muchas de ellas erróneas y realiza una severa crítica de esas doctrinas médicas, intentando ser objetivo pero sin la más mínima perspectiva histórica⁵. Después, en el mundo romano encontramos la obra de dos enciclopedistas, Plinio y Celso, los cuales se puede decir que ya nos transmiten lo que puede ser una aproximación a la Historia de la Medicina. El tratado *De Medicina* de Celso comienza con un cuadro histórico, remontándose a los orígenes. Esto es lo que nos cuenta sobre la medicina anterior a él: «Lo mismo que la agricultura proporciona el alimento a las personas saludables, la medicina ofrece la salud a los enfermos. No hay lugar del que la medicina esté ausente puesto que incluso los pueblos más ignorantes conocen hierbas y otros remedios que tenían a mano con los que trataban y curaban las heridas y enfermedades. En Grecia, sin embargo, ha recibido más atención que en los otros pueblos, aunque allí no fue siempre así desde el origen, sino tan sólo desde pocas generaciones antes de nosotros. Esculapio, en efecto, es celebrado como la más grande autoridad, él que por haber cultivado, perfeccionándolo, este saber hasta entonces vulgar y tosco, fue recibido entre los dioses. En una primera etapa, el saber curar fue considerado como una parte de la filosofía, de suerte que el tratamiento de las enfermedades y el estudio de la naturaleza han tenido en sus comienzos los mismos maestros. Fue Hipócrates de Cos, al decir de algunos discípulo de Demócrito, el primero de todos en ser digno de

⁴ Esta “arqueología” de la medicina puede verse en Hp. *VM* 3

⁵ Cf. W.H.S. Jones (1947) y una traducción al castellano de J.M. Gómez Tirado (1986).

pasar a la posteridad, él, en el que el Arte y talento literario eran igualmente insignes, separó esta disciplina de los estudios filosóficos. Tras él Diocles de Caristo, luego Praxágoras de Cos y después Herófilo y Erasístrato practicaron también este Arte, pero utilizando métodos de tratamiento diferentes». En este proemio Celso se ha planteado recoger la historia y contempla ya unos antecedentes y una evolución, a su manera, de la medicina anterior a él⁶.

Dando un gran salto en el tiempo, casi diecisiete siglos después, a finales del s. XVIII Sprengel médico alemán, profesor de patología, botanista y, sobre todo, un verdadero enciclopedista, venía a decirnos que la filosofía es, en ciertos aspectos la madre de la medicina y que el perfeccionamiento de la una era inseparable del de la otra. “Uniendo sus historias, decía, se aprende cuál fue en cada siglo la extensión de los conocimientos, las opiniones dominantes y el espíritu reinante ...” Según este gran humanista el avance de la civilización puede sólo explicar el origen, los progresos y la decadencia de las ciencias en general, pero lo que de verdad importa es observar con atención el desarrollo progresivo del espíritu humano, porque la historia de la civilización y del progreso de éste parece ser la auténtica base de la historia de las ciencias y de la medicina en particular.

2. La medicina griega antigua ¿es ciencia?

Para presentar esta interrogante debo mencionar, ante todo, un buen libro que en su día despertó mucha polémica, del gran estudioso del *Corpus Hippocraticum*, Robert Joly, de 1966: *Le niveau de la Science Hippocratique*. Las conclusiones de este libro eran demoledoras respecto a la posibilidad de encontrar que algo en los textos del *Corpus Hippocraticum* (CH) pudiera considerarse científico. Presenta su autor ejemplos de teorías y opiniones como muestra de actitudes y razonamientos completamente acientíficos. Para corroborarlo, cita unas palabras de un médico francés, el Dr. May quien decía, refiriéndose a los médicos hipocráticos, que “por muy grandes que sean nuestra admiración y reconocimiento hacia esos hombres de los que descendemos directamente, hay que reconocer que su inmenso esfuerzo

⁶ Cf. Cels. *De medicina* proem.1-9.

no llevó, sin embargo, ni a la individualización de las enfermedades, ni al descubrimiento de sus causas, ni a la forma de tratarlas. ... De manera que lo único que se puede encontrar en la colección son nobles materiales para un templo, pero para un templo que no se habría de construir más que después de muchos siglos de fluctuaciones, dudas y errores". Uno puede pensar que esto es algo fundamentalista y sin ninguna duda pienso que algo por el estilo podrían decir científicos del siglo 25 respecto a nuestra medicina actual. Personalmente, sin embargo, la lectura del libro de Joly tuvo la virtud de despertar mi interés por los textos hipocráticos, haciéndome pensar sobre lo que de científico puede encontrarse en esa primera colección totalmente conservada de tratados de tema médico. En mi opinión, es especialmente importante, para sacar conclusiones en ese sentido, no tanto el contemplar al médico hipocrático en sus intervenciones junto al lecho del enfermo y en sus actuaciones terapéuticas, cuanto el interesarse por sus reflexiones y razonamientos, por su metodología y la *paideia* sobre su materia. Es, por lo demás, evidente que Joly intentaba en su libro hacer algo así como de abogado del diablo y presentar aspectos reales sobre ese Hipócrates al que la historia había casi divinizado.

Y es verdad, que desde antiguo, se le ha considerado *Padre de la Medicina* y que, como suele ocurrir con los grandes personajes, ese médico griego del V a.C. se ha visto acreditado con una biografía semilegendaria paralela a la enorme obra médica que se le atribuye. Pero, aunque debemos reconocer de antemano que a veces se duda de la existencia de un Hipócrates histórico, autor de algunos tratados de la *Colección Hipocrática*, sí está totalmente justificado, y nada tiene de casual –lo hemos de ver aquí–, el hecho de que la Historia haya considerado su nombre como el de un médico eminente. Biografías relativamente tardías, algunas cartas apócrifas que se añadieron a su obra e incluso más de un relato de época bizantina sobre su vida han contribuido a difuminar la imagen del médico y a hacer de él una figura ideal y mítica, al estilo de lo que sucedió con Homero. Quienes hayan estado en la isla de Cos, habrán podido ver que todavía hoy, “se conserva” el plátano bajo el que el maestro se reunía con sus discípulos.

Pero dicho esto, debe quedar claro que el hecho de que en los textos que aquí se presentan como pioneros de una Ciencia con mayúscu-

las se digan cosas que tienen muy poco que ver con la ciencia y sí todavía con la superstición, la magia o la religión, junto a otras muchas ideas, conceptos y teorías, acertadas o no acertadas, ya superadas o todavía vigentes, no nos llevará a descalificar, ni mucho menos, el nivel científico al que llegó esa medicina.

II. EL MÉDICO Y LA MEDICINA DEL *CORPUS HIPPOCRATICUM*

Sírva este marco sólo como justificación a la interrogante con la que se ha titulado esta ponencia. ¿Podemos decir que en los primeros textos médicos griegos se halla el comienzo de una ciencia? Lo que voy a intentar es llevarles a los textos con la idea de examinar lo que fueron los comienzos y el desarrollo posterior de la Medicina Antigua.

El *CH* es una colección de alrededor de 64 libros que probablemente pertenecieron a una biblioteca de escuela que se fue formando durante un largo período de tiempo y que la gran biblioteca de Alejandría, desde su fundación en el s. III a.C., se ocupó de ir reuniendo. Por ser obras de escuela, todas ellas nos han llegado sin nombre de autor y eso ha hecho que corrieran ríos de tinta tratando de hallar el núcleo auténtico que todavía, si es que lo hay, está por dilucidar. La filología se refiere a ello como “cuestión hipocrática” al igual que se habla de una cuestión homérica o aristotélica. Probablemente el prestigio que tenía el famoso médico de Cos hizo que los vendedores e importadores de libros hicieran pasar los tratados en Alejandría como de Hipócrates o de su escuela para así venderlos más caros y darles mejor salida, aunque desde muy pronto se sabía que ni pertenecían a un único autor ni a una misma época. Era evidente; y el origen de su formación explica la enorme variedad y diversidad que esta colección presenta. Junto a verdaderos cursos de traumatología, con muy correctos diagnósticos y tratamientos de fracturas, encontramos aforismos, notas sueltas de casos clínicos con nociones de fisiología, doctrinas de patología médica, criterios para un pronóstico o diferentes tratamientos, recetas, dietas, etc. Hay escritos que tratan de enfermedades infantiles, tanto como otros que se ocupan de las enfermedades de mujeres. Hay algunos, y muy importantes, que se centran en la dieta para curar la enfermedad o para preservar la salud, dietas para atletas, para artesanos o trabajadores del campo, para las diferentes edades y sexos. Algunos, incluso, cuentan ya con el medio ambiente: su centro de

interés está en relacionar la climatología y el habitat con la salud y la enfermedad. Este hecho de la diversidad quizá pueda explicar porqué, en una lectura poco atenta, una gran parte de su auténtico valor queda ensombrecida por muchas de sus apreciaciones irrelevantes, verdaderamente inmaduras, e incluso, podríamos decir con Joly, propias de una medicina en absoluto científica. No obstante, basta adentrarse en esos escritos para descubrir un sorprendente sistema de interpretaciones de gran relevancia para nuestra manera de pensar.

Un buen estudioso y conocedor del *CH* como es L. Bourgey distinguía, entre ese conjunto disperso de textos médicos, algunos tratados que eran de carácter netamente empírico de otros que reflejaban una medicina racional y positiva⁷. Se entienden como propiamente empíricos aquellos escritos que se limitan a describir las enfermedades y sus tratamientos, en general desde una óptica muy pragmática, para utilización del médico al pie de la cama del enfermo y que suelen tener un esquema bastante fijo para la descripción patológica⁸. El esquema era el siguiente más o menos: Primero se nombra la enfermedad, alguna característica que la identifica o el lugar en que se localiza; luego normalmente se dice cuáles son sus causas, los síntomas y el desarrollo. En tercer lugar se prescribe un tratamiento y finalmente se da un pronóstico. Pondré un ejemplo del cap. 17 del tratado *Sobre las enfermedades internas*: “Cuarta enfermedad de riñón. La enfermedad es debida a la bilis y al flegma y se da sobre todo en época de verano. Son causa también los excesos sexuales. Los síntomas son los siguientes: el enfermo siente dolores en el costado ... no aguanta estar recostado sobre el lado sano ... los pies y las piernas los tiene siempre fríos, orina con dificultad, etc. Si la enfermedad se prolonga, los dolores aumentan, se forma un absceso y cuando se produce inflamación hay que hacer una incisión llegando hasta el riñón. Si con la incisión aciertas, en seguida se pondrá sano”. Este tipo es muy elemental y refleja la praxis médica, sin planteamientos didácticos, ni reflexión sobre las causas de la enfermedad, y sin llegar a generalizaciones de tipo más

⁷ L. Bourgey (1953) pp.41ss.

⁸ Para ver la estructura de este tipo de tratado, de la escuela cniidia fundamentalmente, cf. los estudios de J. Jouanna (1974); y H. Grensemann (1975); también el artículo de I.M. Lonie (1965).

teórico, ni mucho menos proponer una doctrina. A este grupo de escritos se le considera perteneciente al fondo más antiguo de la Colección, mitad del s.V a.C., y quizá sea también reflejo de una etapa de transmisión oral de los conocimientos médicos. De ahí su esquematización propia para memorizar y elaborada sobre primitivas y arcaicas listas o catálogos de enfermedades, de síntomas, de remedios, y poco más⁹. El médico en esta época era itinerante, iba de pueblo en pueblo ofreciendo sus servicios, acudiendo a las casas de los enfermos y llevando consigo de memoria esas listas. A este grupo de escritos propiamente empíricos pertenecen, entre otros, una serie de tratados sobre las *Enfermedades de las mujeres* que pasan por ser de los que están más llenos de observaciones muy poco científicas. Contienen largas y largas listas de recetas y remedios, con supersticiones y tópicos respecto a embarazos, partos, menstruaciones, menopausia, etc.; tópicos que por otra parte hoy siguen existiendo no tan lejos de nosotros. He aquí otro ejemplo: para estos médicos, una matriz tiene vida propia y, llevada por una mecánica interna, puede moverse y desplazarse en todas direcciones, de forma que si se le da a oler a la enferma sustancias aromáticas, a la matriz le gustarán y se desplazará hacia arriba, yéndose a su sitio si es que estaba caída, y si la tuviera desplazada hacia arriba y debiera bajar se le propondrán a la paciente baños de asiento o fumigaciones con hierbas y plantas de buen olor¹⁰. Tal es la importancia que tenían para el médico primitivo los olores; y también los colores, ya que en uno de esos tratados puede leerse la recomendación a una enferma de “beber leche de una vaca negra”¹¹. Esto no es más que un ejemplo de la mentalidad arcaica que hace que en todas las culturas primitivas, la causa de la enfermedad así como su posible remedio estuvieran ligados a la magia y la superstición. Esto también fue así en Grecia y Roma, pero durante mucho y mucho tiempo después de que el otro médico hipocrático hubiera descubierto, también en el s. V.

⁹ Cf. I.M. Lonie (1983) pp. 145-161.

¹⁰ Cf. Hp. *Mul.*2.127: “Ἦν αἰ μήτραι πρὸς τὸ ἦπαρ τραπῶσιν ... Ὅταν ᾧδε ἔχη ... τὸ στόμα διανοίγειν, οἶνον δὲ ὡς εὐωδέστατον κεκηρημένον ἐγχέειν, ὅτε χρῆ, καὶ προσέχειν πρὸς τὰς βίνας τὰ κάκοσμα, καὶ ὑποθυμῆν, πρὸς δὲ τὰς ὑστέρας τὰ εὐώδεα καὶ ὅσα θυώματα.

¹¹ Cf. Hp. *Mul.*1.52: Ταύτην χρῆ λούειν πολλῶ καὶ θερμῶ, καὶ τῶν χλιασμάτων ὃ τι ἂν μάλιστα προσδέχεται προστιθέναι, καὶ πιπίσκειν ὄνου γάλα ἐπὶ ἡμέρας πέντε· μετὰ δε ταῦτα μεταπιπίσκειν βροδὸς μελαίνης.

a.C., que la epilepsia no es una “enfermedad sagrada”, ni la impotencia es enviada por la divinidad, sino que ambas tienen causas naturales; y que la salud tiene que ver con el medio ambiente, que se puede hacer un pronóstico o que el origen de la ansiedad, las fobias o los delirios está en el cerebro .

Porque hay otro grupo de escritos que nos ofrecen una visión de la medicina ya desligada de lo sobrenatural; este médico observa y explica los síntomas y causas de la enfermedad de una manera racional y en términos puramente naturales. Es una medicina basada, quizá excesivamente, en la lógica y la deducción y hay quien, por eso, le niega también el ser ciencia; sin embargo es claro para la gran mayoría de estudiosos del *CH* que en muchas de las cosas que descubrieron está ya el germen de una ciencia. En cualquier caso constituyen un punto de partida al ser el testimonio profesional más antiguo en Occidente de la reflexión sobre las enfermedades y sus causas.

1. Actitud intelectual del médico hipocrático

Cabe preguntarse cómo funcionaba el médico que se preocupaba por ir más allá de aquello a lo que su empirismo le sometía. Uno de sus métodos era el de la analogía según la cual procedía por deducción y, de los procesos visibles que le eran familiares, pasaba a explicarse aquellos fenómenos que eran no visibles pero eran semejantes. Volviendo a *VM*, dice este médico que hay que saber qué enfermedades se deben a las llamadas estructuras internas. Esas estructuras son los órganos internos que él describe de una forma muy vulgar diciendo que unos son cóncavos y van de más ancho a más estrecho, por ejemplo la vejiga o el estómago; otros son densos y redondos, como el corazón; otros alargados o extendidos, como son los intestinos, o abultados y porosos: así se imaginó el hígado, etc. Es notable el vocabulario tan común empleado para esa descripción. Después de eso, la pregunta es de pura física “¿atraer hacia sí y absorber un líquido de otra parte del cuerpo lo harán mejor las estructuras alargadas o las que son anchas y se van estrechando?” “Pienso, dice el médico, que estas últimas, pues de igual modo con la boca abierta no podrás absorber ningún líquido, mientras que si juntas los labios y los sacas hacia fuera,

poniendo un tubo entre ellos absorberás fácilmente cuanto quieras”¹². Son explicaciones ciertamente muy elementales y esa medicina no estaba exenta de error, pero hacía comprensibles los fenómenos clínicos de las enfermedades agudas, permitía un pronóstico matizado, y que la mayoría de las veces era seguro, e incluso en casos no tan graves permitía una terapia racional.

Con frecuencia vemos que los textos están salpicados de preguntas que el médico se formula acerca de casos que tiene ante la vista y aún con más frecuencia encontramos exhortaciones del tipo σκέπτεσθαι ‘hay que investigar, hay que preguntarse’. En el escrito de las *Epidemias* IV, 27, el médico, tras describir la sintomatología y estado de un enfermo al que está visitando, al observar que el vigésimo día tenía un absceso en un pie y tuvo la crisis, se hace la siguiente pregunta “¿Acaso en las personas excesivamente agotadas el absceso baja a las piernas y no va a los ojos?” Una interrogante de ese tipo nos da a entender que el médico aplicaba doctrinas conocidas (en este caso la doctrina sería que el absceso debería haber subido en lugar de bajado), pero que en su interés pronóstico, al observar en su reconocimiento algo nuevo (el agotamiento del enfermo) reflexiona sobre posibles nuevas aplicaciones y aprovecha el caso cotidiano para tantear innovaciones. Y es que el médico hipocrático no tiene ningún inconveniente en mostrar su perplejidad o sus dudas sobre algunos casos. Junto a afirmaciones muy rotundas en temas que se ve que tiene autoridad, hay otras expresiones de una gran humildad con las que reconoce que no sabe más y que, como buen científico, no se atreve a ir más allá. En las *Epidemias* hay bonitos ejemplos de esas dudas. Dice: “Unas (venas van) por debajo del pecho hasta el vientre; a dónde (van) desde ahí, todavía no lo sé. En otra ocasión dice “¿acaso, ἄρα, el coma en estos casos es, en cierta medida, espasmódico? No me sorprendería, οὐκ ἄν θαυμάσοιμι”. Es un buen ejemplo de cómo el médico se hace preguntas y aventura una hipótesis. Pero la suya no es ninguna opinión temeraria, sino todo lo contrario: está reflexionando en alto. Este médico, que sabe observar según una determinada doctrina y sabe luego reflexionar sobre ella, es el que hace avanzar la medicina. Con este mismo talante, creo yo el de un hombre de ciencia, ese mis-

¹² Cf. *VM* 22.

mo médico no duda en presentar algunos casos clínicos que ofrecen un resultado de muerte, y otros no tan graves pero que también revelan cómo algunos de los tratamientos adoptados no daban resultado.

2. *Las nociones básicas de la fisiología hipocrática*

Las primeras ideas del médico antiguo sobre la enfermedad, de las que se puede decir que forman algo parecido a una doctrina, son, en cierto modo, fisiológicas. Tenían tres nociones básicas: la de cocción o *pépsis*, la de crisis, *krisis*, y la de depósito o absceso, *apóstasis*. En esencia la doctrina de la enfermedad basada en los tres conceptos es: hay una sustancia que causa el daño, esa sustancia puede ser vencida por medio de la "cocción" y así hacerla menos dañina para luego llegar a eliminarla por vía de la excreción o el aislamiento. Esta eliminación el médico la concebía a través de diferentes vías, las venas, tendones, los huesos, la piel, etc¹³. Ese es el primer núcleo teórico de la fisiología y la patología griegas y ese núcleo da lugar a la muy conocida posteriormente como doctrina hipocrática de los dos o de los cuatro humores. Esa primera doctrina humoral fue sembrando de explicaciones la fisiología y patología hipocráticas. Los dos primeros humores que pensaron eran constitutivos del cuerpo humano fueron la bilis y la flema, ambos responsables de la salud y la enfermedad del hombre; además descubrieron que cada uno se originaba en un único órgano, la bilis en el hígado, la flema en la cabeza. En escritos posteriores la teoría humoral de dos humores se convirtió en la teoría de los cuatro humores (bilis, flema, sangre y bilis negra o, en otros casos, bilis, flema, sangre y agua). Evidentemente esos cuatro humores se correspondían con los cuatro elementos, tierra, fuego aire y agua, por lo que no podemos dejar de pensar que dicha teoría, que increíblemente marcó la medicina griega y posterior de tal forma que llegó hasta bien avanzado el siglo XVIII, fue consecuencia lógica de aquellas primeras especulaciones de los presocráticos sobre la naturaleza. Marcó una revolución en la ciencia médica porque vino a ser una nueva forma de ver y estudiar el cuerpo humano, pero a la vez y, por decirlo de alguna manera, anquilosó la fisiología que siguió nutriéndose de

¹³ Cf. P. Lain Entralgo (1970), pp. 211 y ss.

esa doctrina, hasta el punto de que con modificaciones siguió dando cuenta de la enfermedad hasta el enorme avance que ya casi en el s. XIX de nuestra era se operó en la Medicina.

3. *Un método de investigación. El tratado Sobre la medicina antigua*

El tratado que más explícitamente refleja ese médico que ya no es sólo un mero practicante es *VM*. En él se aborda la defensa de la medicina frente a toda ingerencia de la filosofía; su idea del progreso del conocimiento humano, y su confianza en un método fundado sobre la razón reflejan la revolución cultural que se está llevando a cabo en Grecia, especialmente en Atenas, durante el s. V a.C. La tesis que propone ese médico es que “no es posible investigar —el término utilizado es σκέπτεσθαι— en medicina partiendo de postulados previos —ὑποθέσεις— procedentes del pensamiento filosófico y olvidando los hallazgos que están en la base de la verdadera *téchne*”¹⁴. En el fondo, sin embargo, él es tan deudor de ese pensamiento como concretamente heredero de las teorías de Alcmeón de Crotona que fue filósofo y médico en el Sur de Italia durante el s. VI a. C. Según éste, la enfermedad está causada por un desequilibrio de las cualidades —a las que llamó δυνάμεις—, y de los humores corporales —los χυμοί—¹⁵. Partiendo de ahí, el autor hipocrático pensó que la salud, que depende del equilibrio de esas cualidades, debería mantenerse con una dieta. Descartando la posibilidad de que, basado en los 4 elementos, frío, caliente, seco, húmedo, algún médico pudiera ofrecer una terapia concreta, su reflexión es ésta: en el cuerpo tenemos unos humores que tienen cualidades diferentes, salado, insípido, ácido, dulce, astringente, etc.; si esos humores guardan un equilibrio, la salud no se pierde, pero si esos humores sufren, por lo que sea, una alteración y alguno se hace dominante o escasea, así sobreviene la enfermedad. Nuestro médico va más allá y razona: dado que en lo que comemos y bebemos existen también esas mismas cualidades, busquemos con la dieta recomponer el equilibrio perdido. Él propone un método de búsqueda: si un humor que tiene la cualidad de dulce se altera, ¿a qué cualidad cambiará de forma más inmediata?

¹⁴ Cf. caps. 1-2 y 5

¹⁵ Cf. Alcmaeo B 4 D.-K.

Dice él, a la de ácido que es la opuesta. La observación de lo cotidiano –la analogía otra vez– le da la pista, ya que, p. ej., la fruta que todavía no está madura y que por tanto no es dulce suele estar ácida; lo mismo con el vino, pues un vino dulce si se altera suele ponerse ácido. Pues bien, si va mal para la salud aquello que es dulce, si a uno el dulce le hace daño, empecemos por descartar luego aquello que será más próximo a lo dulce, o sea lo ácido, y siguiendo así podrá hallarse con la dieta lo que más puede convenir cuando lo que daña es lo dulce, que será lo más lejano a esa cualidad¹⁶. Ésta es su manera de reflexionar y no dudo en definir su actitud como la de un hombre de ciencia. Por eso a él le preocupa, lo dice claro, que los médicos se dediquen a hablar de cosas elevadas (τὰ μετέωρα) que luego es difícil conocer cómo son y “si son verdaderas o no”, ya que no tienen nada concreto a qué referirse. Reniega de los que basan sus teorías médicas en las doctrinas filosóficas y critica que un médico, si lo quiere ser de verdad, tenga que empezar por plantearse qué es el hombre, cómo llegó a existir o de qué fue formado, cuando en su opinión sólo a partir de la medicina, precisamente, es posible conocer algo cierto de la naturaleza¹⁷. La afirmación en este momento del s. V en que nos encontramos era realmente revolucionaria y supone un intento por desligar la medicina de la filosofía.

4. *El hallazgo de un pronóstico*

El escrito sobre el *Pronóstico* representa otro avance en el campo de la medicina de entonces: el descubrimiento de que hay cuadros de síntomas y síndromes con los que se puede llegar a dar un diagnóstico y su pronóstico. La idea de este médico es: si el médico aprende a valorar los signos y reflexiona sobre las influencias y conexiones de unos con otros, sabrá hacer un pronóstico correcto y no deberá preocuparle tanto saber los nombres de las enfermedades, como saber valorar los signos. Porque lo que debe saber es que en cualquier lugar o en cualquier época del año un signo malo siempre significa un pronóstico malo y uno favorable lo será tanto en Libia como en Delos o

¹⁶ Cf. cap.24 ; v. también D. Lara Nava (1998) pp. 411-414.

¹⁷ Cf. cap.20.

en Escitia¹⁸. Este es un médico al que uno se puede imaginar tratando enfermos, recorriendo lugares, y se advierte que sus opiniones son muy firmes, basadas en una praxis médica que le proporciona seguridad. En su propia defensa dice en el prólogo del escrito: “Devolver la salud a todos los enfermos es imposible; eso sería mucho mejor que el predecir lo que va a pasar, pero será excelente el médico que pueda decir de antemano a los enfermos sus dolencias presentes, las pasadas y las que le van a venir, porque así podrá tratarlos con más garantía”. *Pronóstico* es uno de los grandes escritos del *Corpus* y es casi unánime la opinión de que si de verdad Hipócrates dejó obra escrita, evidentemente este tratado le debe ser atribuido. Y quienes desconfían ya de poder reconocer un solo escrito de Hipócrates no dudan, al menos, que ésta es una de las grandes obras de la escuela fundada por él, la escuela de Cos. De este escrito procede la primera descripción que se ha hecho de los síntomas por los que se reconoce la proximidad de la muerte de un enfermo y que componen la llamada *facies hippocratica* (cap. 2). “En enfermedades agudas hay que observar atentamente el rostro del paciente, si se parece al de las personas sanas, pero sobre todo si se parece a sí mismo. Esto último sería lo mejor y lo contrario de su aspecto normal lo más peligroso: nariz afilada, ojos hundidos, sienes deprimidas, orejas frías y contraídas, la piel de la frente tensa y reseca y la tez de todo el rostro amarillenta u oscura”. ¿Cuántas veces no habría visto ese rostro en sus enfermos y cuánta reflexión no hubo de aplicar hasta haber reunido en unas pocas líneas esa descripción tan certera?

5. *El descubrimiento del medio ambiente y su influencia sobre la salud*

Pero una de las doctrinas más relevantes del *Corpus* y que tuvo mayor influencia en su fisiología es la meteorológica, la cual establecía correlaciones entre fenómenos meteorológicos, la geografía y las enfermedades, teniendo especialmente en cuenta los cambios estacionales y sus alteraciones. La doctrina en esencia funciona así: hay mecanismos fisiológicos que se ponen en marcha para derivar en una patología y que lo hacen bajo la influencia de determinado viento que

¹⁸ Cf. cap.25.

actúa sobre el cerebro y que hace que los flujos de éste actúen sobre las venas, por lo que su función se ve alterada y resulta la enfermedad. Esta doctrina se ve especialmente reflejada en un tratado que pasa por ser el libro de oro de Hipócrates, el de *Sobre los aires, aguas, lugares*, el cual partiendo de la situación de las ciudades, analiza su orientación, los vientos a los que está sometida, las aguas que utiliza y, haciendo el énfasis en si el año climático ha sido normal o diferente del normal, expone las enfermedades endémicas que se dan en tales poblaciones o las epidémicas que le puedan sobrevenir según las alteraciones de las estaciones. Su gran idea es que si el médico estudia y reflexiona sobre estas bases, en la praxis podrá llegar a prevenir muchas enfermedades. ¿Es o no la reflexión de un hombre de ciencia? ¿No hay actualmente una gran parte de la medicina que es “preventiva” y otra parte también importante la llamada “medicina medio ambiental”?

6. *La doctrina de los días críticos*

Algunas de las doctrinas de aquellos pioneros de una ciencia médica, no deberían juzgarse a la luz de lo que nuestra medicina occidental hoy día sabe. A esto hacía referencia cuando decía del Anónimo Londinense que en sus críticas había prescindido de toda perspectiva histórica. A mi juicio, una de ellas es la doctrina netamente hipocrática de los días críticos. Fueron llamados días críticos a los periodos decisivos en los que la enfermedad tomaba uno u otro camino, muerte o recuperación; porque la concepción era que la crisis de la enfermedad ocurre sólo y exclusivamente en determinados días, contando siempre a partir del comienzo de aquélla. Así, se puede hablar de fiebres tercianas o cuartanas. Hay, por tanto, unos síntomas “críticos”, p. ej. la fiebre es uno y su opuesto el rigor es otro. A éstos síntomas se añade la *apóstasis* o eliminación de la causa del daño por medio de flujos, también ellos “críticos”, como pueden ser el sudor, la orina, las heces o la sangre. Como las crisis sólo ocurren en ciertos días de la enfermedad, otras cosas que sucedan otros días no se considerarían signos críticos. En varios escritos del *CH* se describen distintos esquemas de secuencias de días críticos, esquemas numéricos referidos a periodos de diferentes fases de la enfermedad. Ligada a esta doctrina estaba la

de los días impares, días en que se suponía que el hombre se recuperaba o moría. Según algunas teorías, los días pares eran más peligrosos que los impares. Y al autor hipocrático no se le pregunte la base racional de esta idea porque la conclusión es que él considera esa doctrina tan evidente de por sí que llega a decir: eso es algo bien conocido de todos. La doctrina tiene todos los visos de tener origen pitagórico y probablemente por eso, por el prestigio de esa escuela, no necesitaba aportar pruebas.

III. LA CREACIÓN DE UN VOCABULARIO TÉCNICO

La creación de un vocabulario científico es un fenómeno lingüístico apasionante. Como bien sabemos, detrás de las palabras están los hechos y asistir a un proceso de denominación es tener ante nosotros el testimonio de los orígenes y desarrollo de una ciencia, y del progreso del pensamiento científico. Así en principio una ἀρθριτις, derivado de ἄρθρον *articulación*, fue para el médico antiguo una vaga dolencia que afectaba a las articulaciones, mientras que para el moderno es una enfermedad mucho más específica. El ἐγκέφαλος es literalmente *el interior de la cabeza* y así designaba ya en los poemas homéricos la masa encefálica o más vulgarmente los sesos que se le salían al guerrero caído y herido en la cabeza. En los textos hipocráticos es ya un término anatómico y se refería concretamente al *cerebro*. Posteriormente, volviendo a su sentido más etimológico, designará al *encéfalo* ya diferenciado del cerebro. En un principio, aparte del numeroso vocabulario indoeuropeo de la anatomía, los traumatismos, manifestaciones cutáneas y otras enfermedades, como las de los ojos, asistimos en los textos de medicina griega del *Corpus* a la creación de una terminología que progresivamente va haciéndose técnica. También aquí es influyente el momento de esa gran difusión de las diversas *téchnai* que se dio en la segunda mitad del s. V a.C. Todavía hay una gran falta de nociones propias de la disciplina, lo que también se explica por esa tendencia general de la lengua griega a usar siempre que se pueda y en diversas combinaciones el material ya existente en la lengua. Principalmente es del lenguaje militar, jurídico, político o filosófico del que se nutren esos primeros textos médicos. También de la lengua común, por supuesto. Así la *krísis*, a la que más arriba me he

referido, procede del verbo κρίνω *juzgar, distinguir, decidir*: el médico antiguo recurrió al vocabulario político-jurídico para señalar el concepto que representaba el ‘juicio’ o decisión que la naturaleza hacía recaer sobre la propia enfermedad ya que era ésta la que decidía si el enfermo moría o salía adelante. La πέψις, término que señalaba lo que luego fue la *digestión* y que el médico antiguo entendió como una *cocción* o *maduración* de sustancias dentro del estómago para ser distribuidas al resto del organismo, se entendió de la misma manera que la cocción de alimentos para comer o que la maduración de frutos. Ese término *pépsis* dio lugar a todas nuestras dispepsias y otros tecnicismos del campo de la digestión. Pero, como es lógico, se van creando muchos neologismos debido a la cada vez más necesaria precisión en las descripciones, explicaciones y, en último término, a la propia reflexión médica. En el *CH* fue donde se crearon palabras de tan amplio valor como αίμορραγίη *hemorragia*, οίδημα *hinchazón*, que ha quedado en el más técnico “edema”, o σύμπτωμα, de συμπίπτω, nuestro actual *síntoma*, que para aquellos pioneros fue en principio equivalente a algo que “nos sucede, nos cae” de manera *accidental*. Son palabras que permanecen en nuestra actual terminología médica, donde, sin embargo, su presencia se debe a una tradición científica secular, no a la exigencia de claridad e inteligibilidad con que se crearon. Cuando la medicina fue ampliando conocimientos y haciendo nuevos descubrimientos, no sólo utilizó de las lenguas griega y latina términos que le servían, porque las ideas que representaban seguían siendo válidas, sino que reutilizaba aquellos que respondían a nociones o conceptos ya inservibles; y siguió creando y formando nuevas palabras acudiendo a los recursos lingüísticos procedentes de esa terminología. De hecho, la medicina sigue siendo totalmente fiel a las lenguas griega y latina, siendo su terminología técnica de las que más conserva sus raíces. Naturalmente ya los nombres técnicos no son tanto “nombres parlantes” como lo eran los de la medicina antigua. La claridad y simplicidad del tecnicismo antiguo era tal que para un hombre griego del s. V, profano en la materia médica, la mayoría de los términos eran transparentes. Sabemos que una de las primeras obligaciones del médico antiguo era explicar al enfermo y sus familiares los síntomas y las enfermedades que tenía. Así que si se le decía φλεγμονή *inflamación*

reconocía automáticamente su raíz del verbo común φλέγω *arder, quemar*.

Con esta breve explicación no ha quedado más que apuntado el enorme esfuerzo que también en la creación de un vocabulario hubieron de hacer esos médicos.

IV LA MEDICINA DESPUÉS DE HIPÓCRATES

No sin razón en las Historias de la Medicina se llama a Hipócrates Padre de la Medicina, aunque, como hemos visto, la medicina hipocrática no nació de la nada, sino que más bien fue el florecimiento de una medicina antigua preexistente.

La medicina siguiente, hasta llegar a Galeno, ya en época romana, se nos ha conservado prácticamente de modo fragmentario. Lo que normalmente hemos de interpretar por el menor interés que pareció tener a los ojos de los hombres de su tiempo. Aun así, hubo médicos importantes y que, contando con lo que les había precedido, siguieron dignificando su ciencia. Entre ellos está Filistión, de la escuela siciliana, el cual continúa recurriendo a los cuatro elementos de Empédocles para explicar las causas de la enfermedad; además de retomar la idea hipocrática de que una alimentación inadecuada y perniciosa puede también ser causa de enfermedad. Una novedad resulta su teoría de que la condición del cuerpo es buena cuando éste respira bien y circula por él el aire sin impedimento. Es decir que para él, como también lo pensaba Hipócrates, no son sólo la nariz y la boca las vías de entrada y salida del aire, sino también respira el cuerpo entero¹⁹. La escuela en general mantiene la teoría de que la sede del intelecto está en el cerebro, como ya lo decía el médico hipocrático de la *Enfermedad Sagrada*, y no en el corazón como lo mantenían otros escritos hipocráticos y médicos posteriores. Sin embargo, tal doctrina no llegó a afianzarse hasta que los alejandrinos y sus observaciones anatómicas, a través de la disección, descubrieron los nervios y los rastrearon hasta el cerebro. Digno de mención es también Diocles de Caristo, conocido en Atenas como el Joven Hipócrates, aunque de su pensamiento poco

¹⁹ El fragmento 4 de la edición, M. Wellmann (1901) nos lo ha transmitido el Anonymus Londinensis, cf. n.5.

se puede decir. Apenas que fue el primero que escribió un texto sobre anatomía, que sus instrumentales y vendajes nos hacen reconocer que era un practicante experimentado y que volvió a la teoría de que el corazón es la sede del pensamiento ya que en él se originaría la cognición a través de la respiración y él era el responsable de la distribución de la conciencia y los movimientos voluntarios por el cuerpo²⁰. A Praxágoras, también médico de Cos, se le atribuye la primera distinción entre venas y arterias lo que le llevó a reconocer el pulso, aunque no llegó a explicar que fuera el aire bombeado por el corazón el que dilataba esas arterias que, según él, no llevaban sangre sino aire. Lo que sí le debe la medicina es el haber concedido al pulso un importante papel en el diagnóstico²¹.

La medicina alejandrina realizó, a la sombra de la ciudad cosmopolita y moderna que fue la Alejandría ptolemaica, grandes avances en sus investigaciones y llegaron en anatomía y fisiología a unos niveles que se dice no fueron superados hasta el Renacimiento. Los dos grandes representantes de esta etapa son Herófilo y Erasístrato que hicieron la gran revolución en anatomía, gracias a la disección en cuerpos humanos. Con ello se dio un gran impulso a la medicina científica gracias a la puesta en marcha de lo que todavía no será más que un incipiente método experimental, aunque por eso hubo quien los llamó carniceros.²²

De época romana hay varios médicos destacados, fundamentalmente clínicos, que nos son conocidos, pero no precisamente por sus reflexiones e investigaciones médicas. Señalo al ginecólogo Sorano quien rebatió la doctrina de Hipócrates que defendía que el embrión del varón se originaba en el lado derecho del útero y el de la mujer en el izquierdo —por esa mentalidad arcaica que prestigiaba el lado derecho frente al izquierdo—. No le sirvió de nada, porque el prestigio de Hipócrates hizo que esa falsedad se perpetuara hasta el s. XVIII.

No podía dejar de ofrecer este pequeñísimo repaso a la medicina posthipocrática, de la que, por falta de textos, podemos ver sus resul-

²⁰ Este autor tiene una edición reciente acompañada de un estudio en el que se le hace justicia y se resalta su importancia dentro de la historia de la medicina, cf. Ph.J. Van der Eijk (2000-2001).

²¹ Cf. F. Steckerl (1958).

²² Cf. Tertuliano *De anima* 10.

tados pero no tanto ya su manera de pensar y reflexionar. Tampoco quedaría completa esta visión de algunos de los aspectos más relevantes de la medicina antigua sin referirnos a Galeno, s. II d.C., aunque la enorme masa de escritos que forman el *Corpus Galenicum* tiende a poner fuera de perspectiva esta breve historia que hemos venido repasando de la medicina antigua. Sólo su obra supone la mitad de toda la literatura médica antigua que nos ha llegado. Como autor demuestra una formación científica muy excepcional: además de médico, era gramático, filósofo y retórico. Su sabiduría médica le hizo cubrir todos los campos, anatomía, fisiología, patología, teoría médica, terapia por supuesto, y dentro de ella la medicina clínica y la cirugía. Como fisiólogo fue creativo, y era un experimentador nato, por lo que, a través de la disección, llegó a ser un excelente anatomista. Tenía un buen conocimiento del esqueleto humano y una precisa familiaridad con las partes internas que nos hacen estar ya muy lejos de aquel método de la analogía en Hipócrates. El método experimental en la historia de la civilización occidental da un impresionante avance con las vivisecciones de Galeno que llaman la atención por su amplitud y significación metodológica.

Es imposible aquí ni siquiera hacer un resumen de las doctrinas y teorías de Galeno. Hay algo en su obra que quisiera aquí subrayar: el constantemente repetido tópico de su deuda con Hipócrates. Los tres pilares básicos de su ciencia médica fueron: el pensamiento hipocrático, la obra de Platón y Aristóteles y la necesidad de poner la lógica al servicio de la medicina.

El gran avance en el estudio de la anatomía y de lo mucho que con ello descubrió la medicina se dio, como he mencionado, en el s. III a.C. Pero aún quedaban teorías sin renovarse y Galeno introdujo bastantes cambios en las doctrinas de sus predecesores. Por ejemplo, la teoría de que las arterias sólo contenían aire se mantuvo hasta el s. II, cuando Galeno en un detallado experimento con animales vivos mostró que las arterias estaban siempre llenas de sangre. Sucedió así porque siempre se habían visto en animales muertos y sabemos que las arterias se vacían en el momento de la muerte, por lo que no lo vieron. Con frecuencia Galeno era muy ácido en sus críticas a las doctrinas y teorías de otros médicos; así decía que “si Erasístrato hubiera experi-

mentado frecuentemente, como él hacía, incluso en criaturas vivas, no hubiera dudado que la función de la membrana gruesa del cerebro o *dura mater* era la de proteger el cerebro". Porque Erasístrato había mantenido que la *dura mater* tenía como única función la de ser el origen de los nervios. En la Antigüedad hubo una gran controversia acerca de cuál era la ἀρχή u origen de las venas y las arterias. Galeno pensaba que el cerebro era la ἀρχή del sistema nervioso; el corazón la de las arterias; y el hígado la de las venas. Nunca llegó a sospechar la circulación de la sangre, pero sus escritos sobre el flujo sanguíneo y sobre la respiración son importantes documentos en la historia de la Fisiología, y muy en especial en el desarrollo de la teoría de Harvey sobre la circulación de la sangre. Pero ese mecanismo fisiológico que ahora nos parece tan evidente no fue verificado y demostrado por el médico inglés hasta principios del siglo XVII.

De Galeno son, además, importantes sus lecciones de patología general en las que desarrolla su idea de la enfermedad, una doctrina de las causas, y la creación del concepto de constitución. Puso en lugar destacado el papel del síntoma, y llegó a una nosología y nosotaxia que se llaman galénicas, destacando la importancia del diagnóstico y de la historia clínica. Su obra junto con la *Colección Hipocrática* formó el principal legado médico de Grecia al mundo occidental²³.

V. CONCLUSIÓN

Resumiendo, siempre hay autores que, con cierta cautela, prefieren hablar en el *Corpus Hippocraticum* de una etapa precientífica de la medicina, volcando su atención sobre todo en la cantidad de restos del fondo arcaico y tradicional que en él se detectan. Sin embargo, hay una clara y decidida unanimidad en reconocer que también los autores hipocráticos pusieron las bases para una medicina plenamente científica, por lo que yo aquí he querido resaltar el gran esfuerzo de racionalización que esos médicos pioneros debieron hacer.

Y a la vista de ello, me gustaría terminar insistiendo en que definiciones de lo que es Ciencia hay muchas y que en bastantes de ellas no

²³ La bibliografía sobre este autor es inmensa y no voy a dar aquí más que la referencia a uno de los pocos estudios de conjunto que, precisamente, fue realizado por un profesor español de Historia de la Medicina ya desaparecido, el de L. García Ballester (1972).

tendrán cabida los textos hipocráticos, pero que, en mi opinión, todas las generalizaciones que partieron de su reflexión ante la enfermedad representaban la expresión de una opción intelectual personal y que eso, debemos reconocer, empezó a ser algo parecido a la investigación científica. Si esa aventura intelectual se nutre, como fue el caso del médico hipocrático, de su encuentro con los casos concretos vividos en su praxis cotidiana, los cuales, además de servirle para curar enfermos, le llevaron a determinados conceptos y preceptos que se han demostrado válidos y han dado largos frutos, no tengo más que reconocer que su formulación es Ciencia.

BIBLIOGRAFÍA

- L. Bourgey (1953) *Observation et expérience chez les médecins de la Collection Hippocratique*, París.
- L. García Ballester (1973) *Galeno*, ed. Guadarrama, Madrid.
- J. M. Gómez Tirado (1986) *Estudio sobre el Anonymus medicus Londinensis*, Memoria de licenciatura, Universidad Complutense, Madrid.
- H. Grensemann (1975) *Knidische Medizin*. Teil I: *Die Testimonien zur ältesten Knidischen Lehre und Analysen Knidischer Schriften im Corpus Hippocraticum*, Berlín.
- R. Joly (1966) *Le niveau de la science hippocratique*, París.
- W. H. S. Jones (1947) *The medical writings of Anonymus Londinensis*, Cambridge.
- J. Jouanna (1974) *Hippocrate. Pour une archéologie de l' école de Cnide*, París.
- P. Lain Entralgo (1970) *La medicina hipocrática*, Madrid.
- D. Lara Nava (1998) "El capítulo 24 del *De vetere medicina*. Una propuesta de método" en *Corolla Complutensis. Homenaje al profesor José S. Lasso de la Vega*, ed. L. Gil, M. Martínez Pastor, R.M^a Aguilar, Edit. Complutense, Madrid.
- J. Longrigg (1993) *Greek rational Medicine: Philosophy and Medicine from Alcmaeon to the Alexandrians*, Londres, Nueva York.
- Ch. Lichtenthaeler (1948) *La médecine hippocratique. I, Méthode expérimentale et méthode hippocratique: étude comparée* vol. I, Lausana.
- I.M. Lonie (1965) "The Cnidian Treatises of the *Corpus Hippocraticum*" , *CQ* 59 pp.1-30.
- (1983) "Literacy and the development of Hippocratic medicine c.450-350 B.C." en *Formes de pensée dans la Collection Hippocratique (Actes du*

- IV^e Colloque Hippocratique. Lausanne 21-26 sept. 1981*) eds. F. Lasserre, P. Mudry, Ginebra
- Pugliese-Carratelli (1976) *Ippocrate e Tucidide en Scritti sul Mondo Antico*, Nápoles, pp. 461-473.
- F. Steckerl (1958) *The fragments of Praxagoras of Cos and his School*, Leiden (Brill).
- Ph. van der Eijk (2000-2001) *Diocles of Caristus, a Collection of the Fragments with Translation and Commentary*, 2 vols., Leiden (Brill).
- M. Wellmann (1901) *Die Fragmente der Sikelischen Aerzte Akron, Philistion und des Diokles von Karistos*, Berlín.

D. LARA NAVA
Instituto de Filología CSIC